

(De la Redacción de INFORMACION)

"BEATRIZ CENCI"

En medio de este anillo teatral que nos circunda, forjado con obras para pasar el rato, para reír una noche, para olvidar el día venidero con sus preocupaciones urgentes, Francisco Morín sigue fiel a su tendencia de proporcionarnos obras angustiosas, obras



de verdad, verdaderas obras de arte. No anda solo, pero sí escasamente acompañado. Y como la suerte no va del brazo casi nunca, de los verdaderos artistas, he aquí que a su sala va poca gente, como si no tuviéramos arrestos para enfrentarnos con la agonía del vivir, para mirarnos en ese duro espejo de lo auténtico, mojado por las aguas turbias de la muerte. Porque Alberto Moravia, y su obra "Beatriz Cenci" —que ya termina sus funciones en "Prometeo"—, representa, ante todo, una tendencia escénica que debería ser imitada para que el teatro volviera a remontarse por encima de la mentira y de los falsos aspavientos. Digase lo que se diga, opínese circunstancialmente como se quiera, el teatro nunca fué acción sino palabra; palabra de la que parte la acción como el río del limpio manantial que le da origen. En la vida acontece de la misma manera. Primero, se piensa, y luego se actúa. Mas, como el pensamiento se ejerce por medio del idioma, he aquí que la palabra, dicha o pensada, rumiada allá en la hondura de la frente, es la que mueve el mundo, agita a los hombres, destroza corazones, o eleva el ánimo hasta las más puras nubes del cielo enternecido. Moravia, lo sabe bien, y por su obra es toda ella una obra dialéctica, un buscar la verdad de las almas por medio del diálogo.

Hasta hace bien poco, casi hasta esta obra singular y magnífica —perdón, Suárez Solís— el teatro estaba metido en la ciega aventura de la acción, como si los hechos no tuvieran en sí mismos ningún antecedente pensante. Obras, al fin y a la postre, de tono detectivesco, venga de ir y volver en busca de las raíces anímicas de los aconteceres, Moravia, ahora en el teatro como antes en la novela, rechaza esa mentira para volver sus ojos hacia lo único que nos define como seres capaces de comunicación, y por lo tanto de concordia o discordia. Hay que fijarse bien. Siempre, o casi siempre, estamos propicios a perdonar un hecho, pero lo que no podemos perdonar casi nunca, es una palabra, un concepto, un simple abjetivo. Sabemos, con toda certeza, que un acontecimiento, desgraciado o feliz, puede ser motivado por las circunstancias envolventes

y sorpresivas, pero igualmente sabemos que una palabra arranca de la hondura de nuestro ser más íntimo, ha sido acunada, quizás por años, hasta subir a la línea húmeda y cruel de los labios. El señor Francisco, es todo un dialéctico. Trata de adivinar por la boca lo que de otro modo no sería posible adivinar jamás. Discute, propone, tuerce los hechos, los vuelve sobre sí, des-

pués actúa. Y aunque Beatriz Cenci sea la protagonista oficial del drama, él es, en verdad, el centro mismo de aquella serpiente renacentista que se enrosca al pecho del conflicto como un torbellino de venenos. Los demás, son casi fantasmas. Fantasmas de carne y hueso, envueltos en las sucias sábanas de sus apetitos. Pero fantasmas, Fantasmas que lloran, que odian, que gritan, que padecen en la soledad de sus abismos, abiertos en la hora negra de las renunciaciones.

Tal vez la línea espiritual del drama sea una sinuosa línea romántica, pero con una tremenda diferencia. Mientras los románticos utilizaban el idioma al servicio de sus lamentos interiores, Moravia lo utilizaba para sorprender la autenticidad de los sentimientos ocultos que anidan en sus personajes. La precisión, calado y sobriedad de sus reglamentos, es inigualable. Ni sobra ni falta letra ni coma. Porque no hay suspiros. Los suspiros son un escape de la acción deseada o realizada, y la obra entera de Alberto Moravia está reducida a las puras consecuencias de la frasis. Una obra extraordinaria, en fin, para recordar, para darle vueltas, mientras meditamos sobre el destino del verdadero teatro.

Andrés, al servicio de la dirección y de la angustiosa atmósfera del drama, realizó un sobrio decorado cambiante con el rojo juego de unos cortinajes, amén de un vestuario estilizado de sabor renacentista, que le presta realismo dogmático a todas y cada una de las escenas, bien decoradas por las luces. Morín, cada día más sobrio, más directo, más austero, pero al mismo tiempo más firme en sus sugerencias, movió bien los personajes, llevó el drama hasta sus últimas consecuencias con el lento ritmo que las palabras sugieren. Ni un fallo. Una riqueza esplendorosa, válida, desde el comienzo al fin, aunque el final mismo, ya sin nadie, no haya tenido, en la noche de nuestra asistencia, un tiempo justo de cierre de cortinas.

Una gran actriz y dos grandes actores: Berta Martínez, en Beatriz, y Hermo Hernández y Florencio Escudero, en Olimpo y don Francisco, respectivamente. Sin ellos, la puesta en tablado de "Beatriz Cenci" sería un imposible. Lo mismo en la dicción de sus largos parlamentos, que en las expresiones de sus rostros, que en la postura de los cuerpos, que

en la agitación o amarrar de los brazos, que en el cierre o abre de las manos. Vividos retratos de aquella época tan conurbada del Renacimiento, cuando el hombre, ciego de gloria, creía llegar hasta las estrellas, por haber adivinado su fríase libertad por los caminos de este mundo. Actuaciones —las tres— perfectas y tabales. Algo más aún, inspiradas por el buen trabajo, y mantenidas sin una sola fatiga a través de los cinco cuadros de la pieza.

Bien, muy bien. Yolanda Arenas, en la blonda belleza de la esposa sumida en un mar de confusiones y apatencias. Idem de idem, Raúl Xiqués, en el Marzio, acuciado por la necesidad y por la malicia. Carlos Tirone, quizás demasiado urgente en la escena final, que debe llevar sobre sus hombros, Emilio Rodríguez y Sergio Cabrera, dos criados en sombra. En contadas ocasiones, tal vez por exigirle demasiado, protestamos contra Morín, pero cuando tenemos mucha sed de auténtico teatro, él nos da ese fresco vaso de agua con el que podemos saciar nuestra sed, en estas cálidas noches de nuestro mordiente estío.

L. A. B.